

dANIEL ZAZO

L a

p e r i f e r i a
del

dESEO

(EL DESEO)

“Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos...”

Luis Cernuda

Es en los límites donde el deseo se origina,
donde encuentra su unívoca razón de ser.
Atrás dejó páramos y jaulas de nieve,
la enigmática frialdad de las estatuas
que habitan las desiertas plazas de De Chirico
y las miradas ausentes, casi huidizas,
de los desnudos sonámbulos de Delvaux.

Y brota la espiga en los abismos de la carne
y galopa, como un corcel, por los campos de luz,
y por el indomable pecho del mar
para demoler la frágil memoria de los cuerpos,
para hundirse en el turbio barro de la noche.

(LEVIATÁN)

Como el Leviatán que, siendo esclavo de la gravedad,
abandona por un instante sus dominios
para mostrarse, ante tus ojos, tangible y colosal.
O como la flor que, ante la comparecencia de la luz,
te ofrece, radiante, el festín del pétalo henchido
y la mágica contorsión del estambre en vilo.
Escribir es devolverle a la bestia su región de intimidad,
hacer de su jaula un páramo sin alambradas,
una estancia sin espejos ni ficciones,
un perímetro donde no tiene cabida el bien sin el mal.

(LO BENÉFICO Y LO NOCIVO)

“Todo lo benéfico alberga la semilla del mal.”

En ti permanece la herencia del saúco,
la savia imprecisa que brota, a través del tallo,
desde el vientre de la tierra al racimo de bayas,
el frágil secreto que encierra el cristal de nieve
y que describe círculos a capricho del viento
hasta posarse, discreto y leve, en su ramaje
y la pólvora que, como un venerable huésped,
habita latente en el alma de los cañones.

(EL CARRO DE HENO)

“El mundo es un carro de heno del que
cada uno toma lo que puede.”

Proverbio flamenco

Y sentirme, apenas por unos instantes,
como aquel vendedor ambulante
que, hastiado del carro de heno y su zozobra,
de los peligros que acechan en el viaje
y de los delirios de la carne que, pese a ser efímeros,
siempre se delatan con la urgencia del deseo,
encuentra su razón de ser al contemplar, ebrio,
las ruinas de las torres.

(EL RAPTO DE PROSERPINA)

Bernini captó como nadie el instante preciso
y, como una cesura en el verso de la historia,
supo detener, a golpe de cincel,
el paso del tiempo y sus dramáticas secuelas.

Ese momento en el que el soberano del infierno
retiene, bajo la erótica violencia del deseo
y la magnética atracción del imán,
el cuerpo casi adolescente de Proserpina.

Sus dedos, superando el umbral de lo imposible,
convierten, como quien sostiene un pétalo en la mano,
la fría superficie del mármol
en los voluptuosos dominios de la carne.

Y asisto, ante la lenta cadencia del trigo en los relojes
y el vértigo que precede a la belleza,
al origen de todo este espectáculo
con la voluntad de descifrar las fronteras de su centro
y la certeza de separar la harina de la sémola.

(LA REGIÓN DE LAS NIEVES PERPETUAS)

Fruto de la borrasca de aquel noviembre
permanece la nieve en tu cuerpo.
Se niega a fundirse ante el capricho del verano
y ante la urgencia del cerezo en flor.

Tu piel impoluta resiste al tigre de Bengala
y a la violenta manada de lobos
que, abusando de la noche y sus misterios,
pueblan con sus huellas la curva de tu espalda.

A pesar de la lluvia y su feroz mandíbula,
tus niveos cerros custodian la frágil meseta
que anticipa los fértiles prados de gramíneas
y la sima más oculta que alberga tu orografía.

Este paraje, donde el copo de cristal no cesa
y donde la luz se muestra ante el forastero
como un resplandor de hoguera,
es donde reposa, en silencio y ciega de belleza,
todo lo que abarca el imperio de la mirada.

(HORIZONTE)

El temblor ante la pulpa y su explosión de néctar
avivó el fuego de lo que, acorazado,
permanece en los silos de la memoria.
Y fueron de tal magnitud las sacudidas
que la tierra, en su aquelarre de grietas y raíces
y abonada con el estiércol de la espera,
se estremeció y rompió a llorar.
Ni la robusta fibra del leño hizo frente
a la pérdida de su corteza y sus ramas,
ni la flor resistió al peso del pétalo,
ni la roca soportó la fisura de la escarcha.
El paisaje, estepa invernal, quedó devastado
por el ímpetu de la embestida y sus réplicas.
Ahora solo nos queda fiarlo todo, sin tregua,
al remoto horizonte que desvela la nieve
y caminar, con paso firme y constante,
hasta ser en él lámina de luz.